

ESTRATEGIA MARITIMA ALEMANA

Gabriel Sánchez Buzeta
Capitán de Navío I.M.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El plan estratégico alemán: una enseñanza por ausencia

 El estudio de la estrategia naval en la Primera Guerra Mundial, desarrollado por el Vicealmirante (R) alemán Sr. Wolfgang Wegener, contiene abundantes reflexiones que resultan muy novedosas e instructivas, en especial en la concepción y enfoque tratados sobre la estrategia como fundamento de las operaciones, y en la psicología que subyace en los pensamientos que genera toda situación estratégica.

En la guerra, la pugna de voluntades pone en juego el ingenio, la creatividad y la imaginación, por parte de ambos beligerantes. Por eso es que el estudio de la estrategia no acentúa de manera alguna conceptos con carácter de doctrina. Por lo contrario, enfatiza que no hay recetas ni fórmulas matemáticas, las cuales, interpretadas de antemano, puedan dar una solución segura.

Y es que la guerra, como la vida y como todas las relaciones en que participan los hombres, ocurre bajo tres factores de carácter esencial e inevitables: la *incertidumbre*, el *tiempo horario* y el *cambio*.

Toda la inteligencia, el ingenio, la agudeza y la creatividad del hombre se dirigen, concentradamente, a estrechar lo más posible el margen de incertidumbre frente al cambio, y para ello se anticipa —porque existe el tiempo— basándose en experiencias, en informaciones y a menudo en conjeturas. Esta anticipación a los acontecimientos por ocurrir es el *plan*.

Sin este concepto anticipado del porvenir, todo queda al azar, a la casualidad, exponiéndose a lo inesperado.

El Almirante Wegener critica el pensamiento de sus compatriotas, quienes creían que la batalla habría iluminado con la antorcha de la sabiduría estratégica, mediante la victoria, la ruta hacia la puerta del Atlántico para las fuerzas navales alemanas. No hay duda que si el azar nos favorece con una jugada provechosa, podríamos conseguir enriquecernos súbita e inesperadamente como por designio del destino. Y tampoco hay duda que una vez en posesión de esa riqueza podríamos cumplir todas nuestras ambiciones. El problema radica en que el azar no es el camino más seguro

para cumplir nuestras ambiciones. Por lo contrario, ello sólo parece posible en la medida que definamos nuestros objetivos, comparemos su magnitud con nuestras fuerzas y medios y elaboremos, en definitiva, una estrategia para alcanzar progresivamente la meta deseada.

Si esto es la aplicación correcta del plan de un individuo, frente a sus aspiraciones, con mayor intensidad lo será en la guerra para un país que pretende satisfacer su objetivo político mediante un objetivo estratégico.

Considerar la guerra naval con la concepción alemana que el Almirante Wegener asigna a sus compatriotas, en términos simples de: "Primero la batalla y después quizás —de acuerdo con su resultado— la ofensiva estratégica", resulta completamente erróneo.

Por ello es que cobra particular fuerza la comparación del autor, cuando señala que hay dos caminos para cumplir el compromiso que plantea una deuda: prepararse paulatinamente para hacer frente a su cancelación o bien jugar a la lotería y esperar el golpe de suerte.

Lo que es incuestionable es pensar —aun a pesar de que el azar eventualmente favorezca el segundo curso de acción— que tal decisión pueda ser la más prudente.

Por eso es que, al no producirse el encuentro casual a que alude el Almirante Wegener, sobre el cual se erigía la esperanza de conseguir la victoria deseada, no quedó otra cosa en evidencia que la ausencia del plan estratégico ofensivo alemán que debía haber presidido las operaciones navales del mar del Norte, y orientado a la táctica que debía ejecutarlas, en la Primera Guerra Mundial. El teatro de operaciones del mar del Norte careció para Alemania de la característica más esencial, en el sentido que no es posible desarrollar una empresa estratégica determinada si no se han planteado los objetivos importantes que se deben alcanzar. Si ese objetivo fue la batalla

en sí, careció de fundamento estratégico, por cuanto —como se ha dicho— su ocurrencia estaba entregada al azar. Tiene entonces plena validez el concepto del Almirante Wegener de que el teatro de operaciones del mar del Norte constituyó un vacío estratégico.

Por otra parte, el mando alemán siempre manifestó su preocupación por la suerte del teatro de operaciones ruso en el Báltico, si desaparecía la flota alemana. Esta inquietud manifiesta el criterio terrestre que presidió la dirección de la guerra; la fuerza organizada era valiosa en la medida que favorecía la estrategia terrestre, dependencia que indica un grave desconocimiento de la guerra en el mar. Ahora bien, si se contrasta esta inquietud y cautela con las declaraciones precedentes que propiciaban la búsqueda de la batalla a toda costa, como forma de "iluminación estratégica", queda entonces en claro un contrasentido que confirma una vez más la desorientación de Alemania, como consecuencia de la deficiente planificación estratégica.

La razón psicológica es que no pueden estar en el ánimo de los mandos, simultáneamente, actitudes contrapuestas: por una parte, buscar la batalla, aun haciendo abandono de todas las ventajas tácticas, y, por otra, reconocer responsablemente que la pérdida eventual de la fuerza organizada no sólo implicaría la caída de un frente, como limitadamente lo suponía la conducción terrestre, sino que su efecto tendría incidencia decisiva en el destino de la guerra.

La ausencia del plan estratégico condujo entonces a sustraerse, justamente, de lo que se decía buscar: la batalla; se retuvo a la Fuerza para que gravitase —según se pensaba— por su sola existencia, cayendo en la actitud de flota en potencia, apreciación errónea que entregó el dominio del mar a Inglaterra. Sólo comprendiendo el alcance que tuvo la ausencia del plan estratégico se puede ver la ilusoria pretensión de poseer una gravitación imposible, y

cómo esta situación fantasma llevó al mando naval alemán a actuar defensivamente; los alemanes asumieron que en el mar del Norte no había nada que conquistar ni nada que decidir. Esta psicología de la situación, como la llama el Almirante Wegener, es el factor determinante de la actitud estratégica —disposición de ánimo manifestada de este modo— que asumió la armada alemana. La causa de ella fue la incomprensión y el desconocimiento del espíritu de la guerra naval. Esta deficiencia en la concepción estratégica arrojó como producto un plan de operaciones equivocado, que afectó el espíritu de los mandos; fue rebajando en forma regresiva las reacciones de los hombres; fue un paso gradual de lo dinámico a lo estático; de la vida a la muerte.

Este serio quebrantamiento moral se manifestó con la reacción violenta de la serie de rebeliones que estallaron en la flota de alta mar en 1917 y 1918, culminando con la catástrofe final de 1919.

Conclusiones generales

- Antes de iniciar la concepción de las operaciones, es mandatorio establecer la fisonomía del conflicto.
- La estrategia ilumina el plan de operaciones, al identificar los objetivos que deberán ser alcanzados.
- La táctica ejecuta las operaciones concebidas en la forma que más convenga a la situación del momento.
- La batalla, como medio y nunca como fin, puede o no ser necesaria. Su ocurrencia debe tener lugar sólo al amparo del fundamento estratégico que la justifique.
- No hay sustituto para la planificación estratégica. El azar no tiene cabida dentro de la toma de decisiones. Su presencia inevitable debe ser reducida al mínimo que permita la planificación acabada y las informaciones confiables sobre el enemigo.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La lección que no se aprovechó

No es posible dejar de considerar, para comparar la aplicación de los conceptos emitidos por el Almirante Wegener durante la Segunda Guerra Mundial, la configuración de la fuerza naval alemana que participó en tal guerra, en la medida en que la concepción estratégica tiene necesariamente que haber influido en su composición.

La elaboración del Plan "Z", destinado a crear una flota transoceánica, estuvo afectada por concepciones defectuosas derivadas de las experiencias de la Primera Guerra Mundial, y limitadas a las condiciones de operación próximas al litoral alemán.

La finalidad de las operaciones que se pretendía realizar con tales medios, eran ataques a las comunicaciones marítimas mediante acorazados y cruceros pesados en el rol de corsarios.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el Plan estaba sin completarse y, una vez más, al igual que en 1914, la armada alemana demostró no estar acorde con las exigencias que el conflicto de 1939 imponía a la armada.

Las posiciones conquistadas en Brest y Noruega no fueron aprovechadas y los grandes buques, por falta de protección aérea, se retiraron del frente principal; se procedió a improvisar, en medio de la guerra, soluciones de emergencia que pudiesen concretarse a corto plazo.

Se ve, entonces, que no hubo aprovechamiento de las lecciones que el pasado había ofrecido.

Si los alemanes hubiesen desarrollado un poder naval adecuado habrían podido desembarcar en Inglaterra en cualquier oportunidad, durante el mes que siguió a la caída de Francia, con escasa probabilidad de resistencia. De hecho, la flota británica se mantuvo durante ese lapso alejada hacia

el norte para evitar la acción de la Luftwaffe, posibilitando las operaciones de proyección. Este otro día "D" en la Segunda Guerra Mundial habría cambiado el destino de la Humanidad.

En consecuencia, el desconocimiento alemán de la guerra en el mar se mantuvo como una constante, entre la Primera y Segunda Guerra Mundial, sin que la conquista de posiciones ventajosas incidiese en iluminar la concepción estratégica alemana, porque ésta fue siempre terrestre. No obstante la intensa campaña submarina, las reacciones que ella misma provocó por parte de los aliados ratificaron que sólo las fuerzas de superficie son resolutivas. Tal desconocimiento del espíritu de la guerra naval hace muy acertada la apreciación que el Almirante Wegener expresó sobre sus compatriotas, al decir que ni aún después de una batalla decisiva se podía confiar en que la habrían utilizado debidamente para los fines de la guerra.

CONCLUSIONES PARA EL CASO NACIONAL

- En un país tan marcadamente insular y extenso como Chile, y con los medios disponibles, se deberá pensar en términos estratégicamente defensivos. La magnitud de las posibles amenazas obliga como nunca a elaborar, mediante esta concepción estratégica, un plan de operaciones que defina claramente los objetivos de la Fuerza impidiendo el aislamiento de los extremos.

- Aun teniendo presente la conveniencia de lograr un vuelco estratégico a corto plazo, este estímulo no debe distorsionar el fundamento estratégico real de la batalla decisiva, ni influir en la serena concepción del plan de operaciones, ni conducir a pensar que tal batalla es un compromiso ineludible como medio para la victoria.

- Pero, por otra parte, hay que tener cuidado en que una defensiva asumida con demasiada cautela y con excesivo temor a los riesgos pueda disminuir el grado de actividad de la Fuerza, aproximándola al de flota en potencia. Esta situación debe ser considerada como la más conveniente, y sólo una defensiva activa puede proteger lo que se desea asegurar. La importancia de los medios secundarios cobra entonces todo su vigor.

- La situación de equilibrio a la que hay que arribar, y que debe presidir el plan de operaciones en la hipótesis considerada, está contenida entre los siguientes límites, expresados por Horacio Nelson, tan caracterizado por su agresividad:

"No se imaginen que estoy tan ciego de valor como para buscar el combate en condiciones de inmensa desventaja y sin motivo fundado";
pero a la vez recordar que:

"No se logrará nada grande sin correr riesgos".

Únicamente los riesgos innecesarios son los que hay que evitar.

BIBLIOGRAFIA

- WOLFGANG WEGENER: *La estrategia naval en la guerra mundial*, Berlín, mayo de 1929.
- WINSTON CHURCHILL: *The Second World War*, Boston, 1959.
- SAMUEL ELIOT MORISON: *The two ocean war*, Little Brown, Boston, 1963.
- HORACIO JUSTINIANO A.: *Estrategia naval*, Comentarios A.G.N., Valparaiso, 1978.
- BASIL H. LIDDELL HART: *History of the First World War*, Suffolk, 1934.
- ALFRED THAYER MAHAN: *The life of Nelson*, London, 1899.